



## **MEMORIA Y REVISION DE LA II GUERRA MUNDIAL EN LA EUROPA DEL ESTE**

**Dr. Juan carlos Pereira Castaños**  
Catedrático de Historia Contemporánea  
Universidad Complutense de Madrid

Escribe Tzvetan Todorov en su libro *Memoria del mal, tentación del bien* (Barcelona, Península, 2002), que “Por mucho que los hombres sean semejantes, los acontecimientos son únicos, ahora bien, la Historia está hecha de acontecimientos y sobre ellos debemos meditar y juzgar”. Estas palabras nos permiten iniciar este artículo en el que se tratará de abordar una de las cuestiones quizá más polémicas en los últimos años en toda Europa: la relación entre Historia/Memoria/Revisionismo.

Efectivamente, la historia de Europa, como la de otros continentes, está plagada de acontecimientos, algunos sobresalientes, otros deleznable. Los historiadores contemporaneístas, especialmente, hemos tratado de investigar esos acontecimientos, comprenderlos, contextualizarlos y explicarlos, con mayor o menor fortuna. Gracias a la apertura y desclasificación de documentos en muchos archivos, hemos podido comprender mejor algunos de esos eventos, pero también reescribir algunos otros. Igualmente, nuevas fuentes, ya sean las orales, las documentales o las audiovisuales, nos permiten abrir nuevas líneas de investigación. Los historiadores, de esta forma, jugamos con la distancia temporal; la idea central de la comprensión y no de la justificación; la necesidad de rememorar el pasado – es decir, de aprehender el pasado en su verdad-, y no de conmemorarlo –adaptar el pasado a las necesidades del presente-; y, por último, el deseo de que el análisis de los acontecimientos históricos y sus consecuencias a corto, medio y largo plazo, permitan que los hechos más negativos, oscuros o rechazables que se han desarrollado en una sociedad no vuelvan a repetirse.

Es en este contexto en el que esos mismos historiadores que tratamos de hacer lo mejor posible nuestro trabajo, nos vemos sorprendidos por la actuación de los dirigentes políticos intentando reescribir la historia, revisar el pasado o manipular la memoria colectiva de las sociedad a la que representan. De nuevo Todorov pone el “dedo en la

llaga”: “Hay que separar los papeles del político y del historiador. El primero tiene como objetivo actuar sobre el espíritu de sus conciudadanos; sin estar obligado a mentir puede decirles esto en lugar de aquello, con vistas a obtener el resultado deseado. El objetivo del historiador es acercarse a la verdad”.

Quizá uno de los ejemplos más llamativos en este debate entre historia y política, es el que se está desarrollando en los antiguos países de la Europa del telón de acero y las Ex - repúblicas soviéticas, en relación con lo ocurrido en la II Guerra Mundial. A punto de cumplirse 64 años del final de la guerra más violenta de la historia, un verdadero conflicto total desde cualquier perspectiva, el número de publicaciones se incrementa cada año. No dejan de sorprendernos trabajos muy recientes como los de Anthony Beevor sobre el desembarco de Normandía (*La última batalla. Un puente lejano*) y el “cruel martirio” que sufrió la población civil en esa operación militar; o el trabajo de Nicholson Baker (*Humo humano*) sobre los bombardeos planificados por los aliados, especialmente. A pesar de estas nuevas aportaciones que ponen en duda algunas de las decisiones adoptadas por los aliados o ponen en entredicho a líderes como Churchill, Roosevelt o De Gaulle, desde la Europa Occidental se sigue analizando la actuación aliada como algo necesaria para poner fin al nazismo, el totalitarismo, el exterminio de los judíos y defender valores como la democracia, la libertad o la paz. Así se conmemora cada 8 de mayo o cada 11 de noviembre en la mayor parte de los estados europeos occidentales. Así se acaba de recordar también en la reciente visita del Presidente Obama a Normandía.

Pero al otro lado de ya derribado “telón de acero” las visiones o recuerdos son muy diferentes. Así se puso ya de manifiesto en mayo de 2005 cuando los países aliados se reunieron en Moscú, por invitación del Presidente Putin, para *conmemorar* el fin de la guerra, el triunfo sobre el fascismo y el gran esfuerzo soviético en la llamada “Gran guerra patriótica”. Los nuevos rusos se sintieron muy orgullosos de su historia y nos recordaron el gran coste en vidas humanas, más de veinte millones de muertos. No obstante, desde el anuncio de esta convocatoria varios países anteriormente aliados o integrados de la exURSS, rechazaron la invitación –caso de Estonia y Lituania- y en otros –como Polonia- se abrió un gran debate nacional sobre si su presidente debería acudir o no. ¿Qué estaba ocurriendo en la antigua Europa del Este?, ¿Se estaba manipulando o reescribiendo la historia por parte de Rusia?.

Indudablemente, es un hecho incuestionable, que en muchos de estos países no se estaba dispuesto a aceptar ni la visión occidental ni la perspectiva rusa de lo que fue la II Guerra Mundial. Voces autorizadas como la del presidente polaco, Kwasniewski, cuando dijo: “El triunfo sobre el fascismo no dio a todos la anhelada libertad, la independencia y la soberanía”; la del escritor estonio Jaan Cross –encarcelado por los nazis y deportado por los soviéticos- cuando se preguntó :¿tenemos algo que celebrar con el final de la guerra?, la respuesta es claramente NO”; o decisiones como la del gobierno estonio de retirar el monumento al soldado del Ejército Rojo del centro de Tallin, nos indican un movimiento y unas actuaciones contundentes en relación con la actitud rusa –con el consentimiento occidental- en el conjunto de territorios que cayeron bajo su órbita en el proceso de “liberalización” del yugo nazi.

Quizá la primera cuestión que surge de este debate es si para estos países existió tal “liberación”. Las respuesta es claramente negativa. Los soviéticos, siguiendo las órdenes de Stalin, fueron expulsando a los nazis, con los que habían firmado el Pacto Ribbentrop-Molotov de 1939, que marcó el destino de muchos de ellos, para posteriormente terminar con su independencia nacional , poner fin a sus regímenes liberales o democráticos, imponer un modelo político totalitario así como la superioridad de los rusos sobre los nacionales, y una dependencia de Moscú sin contestación. El terror, las detenciones, el control político e ideológico se impuso para todos. ¿Tenemos una historia común con los soviético/rusos?, la respuesta entre muchos sectores es NO. A todo ello se unieron otras demandas relacionadas con las fronteras, las minorías, los recursos energéticos,etc. Para muchos dirigentes e historiadores de la llamada “Europa del Este” el dominio soviético tuvo similar naturaleza que la ocupación nazi y la verdadera “liberación” llegó solamente cuando se derrumbó la URSS.

Rusia y especialmente Putin y Medvedev han reaccionado con contundencia. Han creado una Comisión especial de veintiocho miembros encargada de examinar y combatir las diversas iniciativas de “revisionismo histórico” , que “dañan la imagen de Rusia”. Una de sus miembros, la historiadora Natalia Narochnitskaya, consideró necesaria esta iniciativa pues “Si un país no es capaz de mantener una visión unida en la interpretación de su propio pasado, no será capaz de formular sus intereses nacionales”.

El propio Putin reiteró que muchos de esos países, especialmente los Bálticos, nunca fueron ni independientes ni invadidos por los soviéticos; en 1939 Rusia los “entregó a Alemania” y en 1945 “se volvieron a unir a Rusia” Historia y Política, lo que no se debe de hacer, se han unido en una Rusia orgullosa de su pasado.

Como se puede observar por estas reflexiones, la historia reciente, se está utilizando para dividir a pueblos y naciones. Los historiadores nos debemos rebelar ante esta forma de “reescribir” un pasado y de manipular la memoria colectiva. El debate está abierto y a él debemos de contribuir desde la honestidad y la moderación que se nos exige.